

## EDITORIAL

# HISTORIA Y DESIGUALDAD

*La memoria es limitada, y dentro de treinta años surgirá una nueva generación, confiada en que no será presa de los problemas del pasado.*

(Joseph Eugene Stiglitz, *Caída libre: El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*, 2010).

En 1753 la Academia de Dijón propuso un concurso en relación a una cuestión fundamental: «¿Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres? ¿está respaldada por la ley natural?». Fruto de este desafío, Rousseau escribiría su conocido como Segundo Discurso, el polémico ensayo «Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres» (*Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*), publicado en 1755, criticando las instituciones y sociedad del momento como corruptoras del hombre libre y natural.

Escribía Rosseau:

El primer hombre a quien, cercando un terreno, se lo ocurrió decir *esto es mío* y halló gentes bastante simples para creerle fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos; cuántas miserias y horrores habría evitado al género humano aquel que hubiese gritado a sus semejantes, arrancando las estacas de la cerca o cubriendo el foso: «¡Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!»». (Trad. Ángel Pumarega, Madrid, Calpe, 1923, p. 88).

El origen de la desigualdad estaría, siguiendo a Rousseau, en el surgimiento de la propiedad privada, unida a la división del trabajo, en la que se distingue a «los que mandan» y «los que obedecen». El ensayo, que no lograría el premio (como sí había hecho su «Discurso sobre las ciencias y las artes»), provocaría duros reproches, tanto de la Iglesia católica, que le acusaría de negar el pecado original, como de algunos

ilustrados, como Voltaire, ya que su pensamiento conllevaba una crítica a la idea de progreso existente, al considerar a la propia civilización como la responsable de la corrupción del hombre para que unos pocos obtuviesen ganancias. Sin embargo, esta obra (junto con *El contrato social*) ejercería una gran influencia en la teoría y práctica política. Quizás fuese cierto aquello que apuntaba la célebre cita atribuida a Goethe: «Con Voltaire termina un mundo. Con Rousseau comienza otro». Las ideas de Rousseau fueron recogidas por una importante tradición de pensamiento, desde François (Graco) Babeuf y su «Conspiración de los Iguales», Immanuel Kant, cuyo despacho solo tenía un adorno, el retrato de Rousseau, o Karl Marx, que copió a mano páginas enteras del ginebrino en busca de inspiración. Con notables avances, la huella de Jean-Jacques Rousseau perdura en nuestros días y, como siempre, se hace necesario mirar a la vez, como el dios Jano, al pasado y al futuro: el pasado que explica nuestro presente, y el futuro que queremos construir desde este presente.

Podría decirse que, si la diferencia es un hecho natural, la desigualdad es una construcción social, y por tanto debe analizarse desde una perspectiva histórica, no como algo inmutable, sino en constante transformación, que podemos reducir, pero también aumentar. Es necesario tener en cuenta que, frente a lo que puede llegar a pensarse, el crecimiento económico no tiene por qué ir unido a una reducción de la desigualdad social; de hecho, la desigualdad social puede llegar a contribuir en ocasiones a este crecimiento económico, lo que nos llevaría a cuestionarnos cuál es el objetivo deseado, si el auténtico progreso que queremos es el económico o si por el contrario viene, volviendo a Rousseau, de la mano la de educación, del perfeccionamiento moral. «La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo», decía sabiamente Nelson Rolihlahla Mandela, Madiba, lo que nos lleva de vuelta a la pregunta de cuál es el objetivo deseado. El retroceso de las Artes y las Humanidades en los programas educativos, el desarrollo de conceptos como la competencia frente al conocimiento y la relación cada vez más estrecha entre educación y empleabilidad, la búsqueda de una mayor rentabilidad económica, poniendo a la Academia en una situación de sumisión frente a los mercados, puede darnos una pista de cuáles son los intereses de quienes tienen el poder de decidir el rumbo de los sistemas educativos, sin duda uno de los grandes campos de batalla ideológicos, en el que las disciplinas históricas están siendo terriblemente dañadas. Se fomentan sobre el resto de perspectivas aquellas que pueden transformar el patrimonio histórico en recursos económicos o aquellas que permiten, a través del análisis del pasado (o su falseamiento...), la legitimación de ciertos discursos políticos e ideológicos, presentando realidades producto del devenir histórico desde una perspectiva esencialista, que fomenta el mantenimiento de ciertos tipos de desigualdad.

Hay quienes creen que la diversidad es positiva y la desigualdad negativa y quienes, por el contrario, consideran negativa la diversidad y justificada la desigualdad. Y esta desigualdad puede entenderse en términos económicos (viendo,

o no, razonable que menos del 20% de la población consuma más del 80% de los recursos del planeta), pero también ideológicamente, siendo diferente el estatus y la capacidad de poder en función de la raza, el sexo, la edad, la orientación sexual, el país o región de origen, etc., y siendo estas desigualdades, como decimos, fruto de unos procesos históricos. Siendo conscientes de ello, podemos comprender mejor y alterar, si de verdad lo deseamos, las diferentes relaciones de dominación producto de estas desigualdades.

El objetivo del monográfico «Desigualdad» incluido en este octavo número de *El Futuro del Pasado* es contribuir a esta necesaria reflexión sobre las desigualdades, que sigue siendo tan oportuna (o más, si cabe), que cuando Rousseau reflexionó sobre ello hace más de dos siglos. Y quizás pueda evitarse que, como teme Stiglitz, la generación que surja dentro de treinta años olvide; quizás ellos, a diferencia de nosotros, recuerden y no estén confiados en que no serán presa de los problemas del pasado...

David Carvajal de la Vega  
*Coordinador del monográfico*

Iván Pérez Miranda  
*Director de El Futuro del Pasado*

*Página intencionadamente en blanco.*